



**MERCEDES DE SANTA CRUZ Y MONTALVO  
CONDESA DE MERLIN (1789 - 1852)**

**José Luis Prieto Benavent**

En 1789, el mismo año en que estallaba en París la Gran Revolución que iba a cambiar el semblante del mundo, nació en La Habana María de las Mercedes, la niña Mersé, en el seno de la familia de los condes de Jaruco. Su padre Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas tenía 18 años y su madre María Teresa Montalvo O`Farril apenas 16 lo que no era nada extraño en aquellos tiempos y en aquellas tierras en las que, como más tarde escribiría Mercedes: *“Bajo el clima de fuego que nos ha visto nacer no hay infancia”*.

Los jovencísimos condes de Jaruco se embarcaron hacia Europa dejando a su hija con su bisabuela materna Doña Luisa Chacón, una matrona de trenzas plateadas que había criado catorce hijos y en cuyos banquetes familiares solían sentarse a la mesa no menos de noventa comensales.

La niña Mersé quedó pues en manos de una bisabuela que se dedicó más a quererla que a educarla y de una nodriza negra “mamá Dolores” que realmente fue quien se ocupó de ella. La infancia de Mercedes fue libre y ociosa lo que le hizo desarrollar desde muy temprano un temperamento inquieto y una inteligencia despierta que le impulsaban a cometer alardes de independencia y salvajismo. Su abuela paterna, la Condesa viuda de Jaruco quedó escandalizada más de una vez al ver a su nieta descalza, subiéndose a los árboles y bailando con los niños negros de las plantaciones.

Mercedes nos dejó sus vivencias plasmadas en varios libros de memorias y recuerdos y en todos ellos hay una sensación de felicidad derivada del contacto directo con la naturaleza fantástica de la Isla de Cuba. Un sentimiento que fue uno de los mimbres básicos de la nueva mentalidad que recorrió Europa tras la revolución; el romanticismo.

También dejó constancia del miedo y el horror que le producían los gritos de los esclavos castigados con el látigo. Mercedes sentía verdadera fascinación por Cangís una auténtica reina negra cuya realeza era reconocida por todos en virtud de su belleza. Mercedes siempre quiso ser como Cangís: una reina de la hermosura.

Toda aquella infancia fáunica terminó bruscamente al ingresar en el Convento de la Orden de Santa Clara, donde desde el principio se sintió desgraciada. Todo le resultaba odioso excepto los cantos del coro. Allí empezó a educarse una voz que más tarde conquistaría a toda Europa. Una voz y una musicalidad formada al compás de las tristes y sensuales canciones que le enseñó su nodriza africana.

En “*La Historia de la hermana Inés*” la propia Mercedes noveló el recuerdo de una monja que le ayudó a escapar del convento, una monja aureolada con el inquietante prestigio de amores poco divinos y que, como ella, se ahogaba en el rebaño místico. Mercedes tenía 12 años cuando se escapó de las Clarisas, escandalizando a toda su familia. La respuesta de sus padres no se hizo esperar: la señorita de Jaruco debía ir a Europa con su familia.

La Habana era como un gran convento para las hijas de las élites criollas: las damas no podían salir solas a la calle, el aislamiento, la falta de contacto con el mundo era considerado una forma de distinción. Una muchacha decidida, curiosa, inteligente, valiente y posiblemente mal educada, sólo podía anhelar salir de allí cuanto antes. En su autorretrato Mercedes se describe a sí misma con las siguientes palabras: “*Cabeza larga y tupida, tez criolla, me daban cierto aspecto conforme a mis inclinaciones salvajes... no sospechaba la necesidad de reprimir mis emociones y menos de ocultarlas.*”

La llegada a España en 1802, con escasos trece años, supuso el encuentro con su madre, a la que apenas conocía y según sus memorias las incomodidades del corsé y los zapatos.

La posición preeminente de los condes de Jarauco en la Corte de Carlos IV se debía fundamentalmente a la presencia de su tío materno el general O´Farrill . El salón de la madre de Mercedes, Teresa Moltalvo O´Farill (*Hermosa Habanera en extremo voluptuosa*” al decir de la puritana Lady Holland) competía en prestigio con el de la Duquesa de Alba y la de Benavente, en él eran habituales Moratín, José Quintana, y el propio Goya que ejerció un tiempo de preceptor de dibujo de Mercedes. En ese salón ilustrado y liberal completó su educación leyendo con avidez obras que eran inaccesibles a la mayoría de los españoles : Madame de Staël, Ninón de Lenclos...

Vamos a situar políticamente ese salón. Los últimos años del reinado de Carlos IV tienen una importancia trascendental dentro de la historia política española porque en él se perfilan las fuerzas y las mentalidades que desencadenaron poco más tarde la revolución española. Existían grupos que ya eran llamados partidos, naturalmente con un sentido y una dimensión muy distinta a lo que conocemos hoy como partidos políticos. Por una parte estaba el partido de los “*golillas*” encabezados por Floridablanca y Cabarrus que preconizaban una administración civil y centralizada. Eran ilustrados camino del liberalismo. Frente a ellos estaba el “*partido aragonés*” más aristocratizante y tradicionalista aunque igualmente ilustrado. Ambos partidos eran reformistas y temían la revolución. De alguna manera se turnaban en el poder hasta que la radicalización de la revolución en Francia con el regicidio de Luis XVI en 1792 alarmó de tal modo a los reyes que encumbraron en el poder a Godoy que inicialmente siguió con el programa de los golillas, pero que poco a poco fue traicionándolos todos. Muchos de los funcionarios que participaron en los gobiernos de Godoy como Jovellanos y Cabarrus, terminaron en manos de la Inquisición y pagaron sus esfuerzos reformistas en la cárcel.

A principios del siglo XIX España seguía una política vacilante y desesperada que la uncía inevitablemente al carro de Napoleón. Por el tratado de San Ildefonso en 1800 España pasaba a ser aliada de Francia y numerosas divisiones españolas lucharon en las campañas napoleónicas (O´Farill estuvo en la campaña de Italia).

La oposición antigodoyista era obra básicamente del partido aragonés que desde 1802 se transformó en el partido fernandino y comenzó una serie de motines y complots que culminó con el auténtico golpe de Estado en 1808 en Aranjuez por el que, por primera vez un rey era destronado por su hijo. El vacío de poder fue aprovechado por Napoleón que invadió el país e impuso la coronación de su hermano José Bonaparte. Este acontecimiento desencadenó la Revolución, el pueblo se organizó en Juntas provinciales que adoptaron el autogobierno.

Las luchas políticas también comenzaron en Cuba. El intendente Luis Viguri fue asesinado en La Habana acusado de ser partidario de Godoy. Los cubanos se mostraron entusiastas partidarios de Fernando VII y enviaron dinero a la causa española contra el francés. Las familias de los Betancourt, Agüeró, Loynaz, ..., cuyos nietos figuraran entre

los insurrectos del Grito de Yara 1868 eran a la altura de 1808 encendidos patriotas españoles y realistas. Los instigadores de la causa napoleónica que eran bien acogidos en ciertos sectores de México, Buenos Aires, o Venezuela, eran ahorcados sin miramientos en La Habana. Las tentativas independentistas que a principios del siglo XIX triunfaron en todo el continente americano fracasaron en Cuba fundamentalmente por la prosperidad económica y el miedo a la africanización.

Con la llegada de José Bonaparte los vientos de libertad recorrieron el país, fue abolida la Inquisición y se proclamó la primera Constitución en Bayona. Muchos ilustrados del antiguo grupo de “los golillas”, Cabarrus, Urquijo, Azaza, que habían sido perseguidos por la Inquisición, aceptaron el cambio de dinastía y decidieron colaborar con los franceses. O’Farill, entre ellos, fue nombrado Ministro de la Guerra.

La llegada de José I supuso también el comienzo de la masonería española, su primera época de plena libertad. Se organizaron nuevas logias por todo el país según el rito escocés y se creó un Consejo Supremo para España y Ultramar.

Francomasones eran también los que militaban en el bando contrario a José I: Piñuela, Jovellanos, Quintana y otros que formaron parte de la Junta Central Gubernativa que convocó las Cortes de Cádiz. Este hecho demuestra la libertad que dejaba la masonería sus miembros a la hora de tomar decisiones. La sociedad estaban completamente divididos, unos eran antifranceses y otros afrancesados que creían en la modernización del país que prometía José I.

La derrota de los afrancesados les ha relegado a un mezquino y falso papel de traidores en la historia de España; durante todo el siglo XIX y parte del XX solo han recibido desprecio por parte de los historiadores. Ha habido que esperar las obras de autores como Juan Mercader (1949) Miguel Artola (1953) y Hans Juretsche (1962) para situar su importancia histórica como herederos del reformismo ilustrado y como hijos de los ideales de la revolución francesa. Y hay que señalar además que fueron algunos de estos afrancesados como Cea Bermudez y Javier del Burgos, los creadores del estado liberal en 1834 tras la muerte de Fernando VII. Ellos hicieron realidad la administración civil española, el viejo sueño de los ilustrados y los liberales.

Pues bien, el salón literario y mundano de Teresa Montalvo y O’Farill, condesa viuda de Jaruco (su marido murió en 1808) donde estaba formándose la joven Mercedes de Santa Cruz, era el principal salón de la Corte madrileña de José I, era el principal salón de los afrancesados. Teresa Montalvo, mujer de grandes aptitudes políticas y de gran belleza no tardó en convertirse en la amante del rey José. (Un caso semejante al ocurrido entre Napoleón y Josefina originaria de Martinica). Tan notorios fueron esos amores que la esposa del Rey nunca se presentó en Madrid. En el salón de Teresa Montalvo se encontraron madame Burke, Lady Holland, la condesa de Montijo, Cabarrús, Azaza, Junot y todos los generales franceses enviados a combatir a España. El ministro de la guerra O’Farill, tenía órdenes de favorecer los matrimonios hispano franceses.

Sabemos que, en consonancia con los nuevos ideales románticos, Teresa quiso concederle a su hija el privilegio de elegir a su esposo. Mercedes tras desdeñar al Mariscal Sebastiani, uno de los favoritos de Napoleón, eligió a Cristóbal Merlín de Thionville de quien Mercedes dijo en sus cartas que llevaba de maravilla el uniforme de húsar. El Rey José le nombró Conde para que la hija de Teresa pudiera ostentar título propio: La Condesa de Merlín.

No hay duda de que la joven cubana amó a su marido, prueba de ello es la abundante correspondencia escrita en vacilante francés publicada por Domingo Figueroa en 1928. Son las cartas de una recién casada que en plena luna de miel ha tenido que separarse de su marido enviado al frente de Andalucía. No falta en ellas un ingenuo erotismo: *“Te aseguro que no estoy en cinta, lo estaré tan pronto regreses”*.

Teresa Montalvo muere en 1809 cuando la guerra empieza a cambiar de signo, los franceses se vieron obligados a evacuar Madrid en 1812. Según los datos del general Hugo más de 2000 coches, tartanas, furgones y más de 20.000 personas iniciaron un penoso éxodo hacia Valencia. En uno de aquellos coches Mercedes, con una hija recién nacida en brazos, sola porque su marido seguía en el frente, emprendió camino del exilio. Allí se dividieron los destinos de los franceses y los afrancesados y comenzó para estos últimos el primer exilio político del siglo XIX.

La Condesa de Merlín llegó a París en el ocaso de la corte napoleónica. Madame de Recamier seguía desterrada, Josefina de Beauharnais ocultaba su amargura en la Malmaison. José medio francés, medio español y medio italiano, trataba de mantener el protocolo de la corte española en el exilio en Mortefontaine. Los condes de Merlín figuraban entre sus cortesanos.

La Condesa de Merlín, curtida por estas experiencias de supervivencia había dejado ya de ser una jovencita al amparo de su madre y una recién casada enamorada de su marido siempre ausente y comenzó a emerger como una mujer de fuerte personalidad con carácter propio, capaz de dirigir su casa y su vida. *“La Belle espagnole”*, como la llamó Balzac, comenzó a crear un círculo social propio. Según Gertrudis Gómez de Avellaneda, Mercedes tenía muchas armas para el éxito social, sus modales, su conversación, su agradable y expresiva figura, su admirable talento para la música; pero su cualidad más brillante, la más rara y estimable era su buen corazón y su carácter.

En 1814 volvieron París los Borbones. La Revolución y el Imperio habían fracasado. Los bustos del Emperador fueron destrozados en todos los ayuntamientos, consulados y salones. La restauración borbónica conservó parte de las instituciones napoleónicas, pero se instauró en medio de un clima de terror blanco contra bonapartistas, protestantes y liberales. En España la situación era peor. Fernando VII tras abolir toda la obra de las Cortes de Cádiz, lanzó una persecución contra los liberales que se sumaron al exilio en el que ya se encontraban los afrancesados. En aquellos tiempos se encontraron en el

destierro muchos que durante la guerra de Independencia habían luchado en bandos distintos. Todos ellos eran bien acogidos en el salón de la Condesa de Merlín.

La nueva mentalidad romántica y liberal triunfaba ya en la sociedad europea. La primera manifestación internacional ocurrió en 1821 cuando los patriotas griegos se alzaron contra el Imperio Otomano. Una ola de indignación y de solidaridad recorrió Europa. Lord Byron embarcó hacia Grecia para luchar contra los tiranos. La Condesa de Merlín organizó un concierto en Ginebra para recaudar fondos de ayuda a los patriotas griegos. Fue una auténtica revelación, una apoteosis: su voz, su timbre criollo, unido al esplendor de su belleza, causaron una gran sensación. Podría haber sido una de las sopranos más famosas de su época, como la Malibrán o la Grisi, pero era una gran dama, una señora de su casa y no podía actuar por dinero, solo en salones privados o en galas de beneficencia.

Al concierto de Ginebra siguió otro en la sala Vauxhall de París donde actuaron como acompañantes al piano Rossini y el propio Chopin. Cualquier catástrofe como las inundaciones de Lyon o el terremoto de la Martinica, eran ocasiones para que *la belle comtesse Merlín* luciera su talento. En las fiestas del Duque de Orleans, Luis Felipe, en el Palais Royal el momento culminante era cuando la condesa de Merlín se ponía a cantar. A la salida se escuchaban los primeros gritos de “Abajo los Borbones”.

Mercedes, como anteriormente su madre, tenía un extraordinario talento político y no sólo se labró para ella una posición de preeminencia, sino que supo formar un círculo de influencias con amplia proyección. Martínez de la Rosa y Salustiano Olózaga, los jefes políticos de los grandes partidos liberales españoles (moderados y progresistas), George Sand la apasionada escritora, Balzac que le dedicó una de sus novelas, Chateaubriand, que en un carta a madame Recamier la llamó “*la más bella de las mujeres*”, Chopin, Berlioz, el barón de Rothschild, eran asiduos a su salón. Sus bailes “*travestis*” (de disfraces) eran acontecimientos señalados de la vida mundana parisina. Durante la década de los años 30 al 40 del siglo XIX Mercedes vivía en continua apoteosis, las mujeres copiaban sus peinados, cada vez que aparecía en la Opera era saludada con admiración general, su sueño infantil de ser como Cangís, la reina negra, se había cumplido plenamente, ella era la reina de París. Su retrato, obra de madame de Paulmier obtuvo el premio de la exposición de 1832, incluso Lady Holland la llamaba “la Hija del Sol”. Cuando Luis Felipe llegó al poder le concedió la Legión de Honor. Balzac la retrató con las siguientes palabras: “*Elle avait une teint blanc et chaude comme celui des créoles, un visage plein de details spirituels*”

Pero Mercedes era más que todo eso. Tenía genio e ingenio: cantaba en italiano, escribía en francés y pensaba en español. No sólo fue una de las musas más hermosas del movimiento romántico, sino que actuó activamente como escritora. Durante esos años publicó: “*Histoire de la Soeur Inés*” y poco después “*Souvenirs et Memoires*” con ambos textos obtuvo un gran éxito de críticas y ventas.

Detengámonos ahora un momento para considerar el espíritu del siglo que nos permita entender y valorar mejor la obra literaria de la Condesa de Merlín. En la década de los 30, sobre todo tras la Revolución de Julio con la victoria del liberalismo orleanista (Luis Felipe) sobre los reaccionarios Borbones, toda Europa asistió a la eclosión triunfante de una nueva mentalidad, un lenguaje y un estilo nuevo en literatura y en política. Tal vez fue el último gran movimiento cosmopolita europeo, como lo habían sido el Humanismo, y la Ilustración, que causó una renovación total de la vida cultural europea. Lo distintivo del romanticismo no era ya el surgimiento de una fe revolucionaria, como había ocurrido con la generación anterior, sino precisamente como un escarmiento contra la confianza excesiva en la razón y contra los excesos de la revolución. Víctor Hugo lo sintetizó en los siguientes términos: *“Todos los sistemas son falsos, sólo el genio es verdadero”*. El ser humano es hacedor de sí mismo, sólo él tiene la posibilidad de captar el sentido de las cosas. El entusiasmo romántico era la expresión de una fuerte fe en las posibilidades individuales, una fuerte fe en la capacidad de participación del individuo respecto a la realidad. El romanticismo confiaba sobre todo en la expresión de la interioridad. La realidad y la sociedad eran sometidas al factor emocional. El discurso debía apelar al sentimiento, no únicamente a la razón. A lo que aspiraban los escritores, los músicos, los pintores y también los políticos era a transmitir sentimientos que se extendieran hasta captar la emoción del mundo.

La opinión pública constituía el nuevo poder del nuevo estado liberal. El romanticismo fue pues una gran eclosión de individualismo y de subjetivismo, una protesta contra cualquier poder que no estuviera comprometido o producido por los propios individuos que constituyen la sociedad. La sensibilidad y la autenticidad emotiva del artista o del pensador eran las únicas cualidades capaces de dar validez a las obras. En lugar de reflejar valores intemporales y universales, como ocurría con el clasicismo de la época revolucionaria, toda obra romántica era única, expresión de de la experiencia vital y personal de cada autor. Lo mismo ocurría en política, ya no valoraban las consignas, las ideas generales más o menos utópicas, las fórmulas de catecismo revolucionario, se valoraba el respeto a la ley, la adecuación pragmática a la realidad. Los nuevos valores eran: pluralismo, eclecticismo, tolerancia, moderación.

Nada más sintomático de este interiorismo subjetivo que los textos de la Condesa de Merlín escritos en forma de cartas íntimas a los amigos en los que expresa sus recuerdos, evocaciones, sus sentimientos. Esas son las coordenadas con las que hay que leer a la Mercedes de Santa Cruz.

El general Merlín falleció en 1838 y Mercedes sintió el imperioso impulso de regresar a Cuba. Hizo el viaje en uno de los primeros barcos de vapor. Fruto de aquella experiencia fue la publicación en 1840, primero en París de *“La Havane”* y luego, con prólogo de Gertrudis Gómez de Avellaneda, en Madrid. *“Viaje a La Habana”*. La reina de las soirés de la Rue Bondy abordaba las más arduas cuestiones de economía, derecho, política y sociología. No en vano Mercedes se había formado leyendo a Madame de Staël y había conversado largamente en su casa con José Antonio Saco, Luz Caballero y casi

todos los hispanocubanos que pasaban por París. “*La Havane*” no tenía como el “*Viaje a la Isla de Cuba*” de Humboldt, ninguna pretensión de objetividad científica, lo que buscaba Mercedes era su juventud, sus ilusiones: “*Ante mi no encontraba más que la vida en todas partes, la vida con su animación joven y ataviada con traje de novia*”.

La obra está escrita en forma de cartas en las que habla de comercio al barón Rothschild, de Historia al barón de Chateaubriand, de tabaco al vizconde de Simeón, de literatura con George Sand y lo que trasmite es una visión idílica y enriquecida de la sociedad hispanocubana, una versión evocadora de sus propios sueños: “*Un aire de elegancia y limpieza se extiende por todas partes, todo en fin respira aristocrática distinción que no hallará en otras regiones del planeta. Aquí no hay chaquetas ni gorras, no hay andrajos ni barbas mal peinadas, ni mucho menos esas parodias espantosas de la naturaleza humana que se ven en los barrios de Londres o de París, aquí no tenemos pueblo ni miseria.*”

La Cuba de la primera mitad del siglo XIX era, como es bien sabido y está ampliamente documentado, una de las zonas más ricas y desarrolladas del mundo gracias a la inteligencia y laboriosidad de unas élites criollas que habían logrado unos niveles de desarrollo y crecimiento muy superiores a España y a los países europeos. Las primeras bombas de vapor de doble efecto de Watt se habían instalado en 1798. En 1800 se había creado el Instituto de Investigación química de la Habana, primer instituto de investigación aplicaba a la industria del mundo. El cuarto ferrocarril del mundo seis años después del primero en Londres, se instaló entre La Habana y Güines. El primer teléfono se instaló en el Teatro Tacón (Hoy Centro Gallego) y la primera línea telegráfica submarina entre La Habana y Cayo Hueso. Este impresionante desarrollo estaba ligado a las industrias del azúcar y del tabaco y estaba produciendo a mediados de los años treinta un formidable desarrollo cultural.

En La Habana Mercedes recaló en la tertulia de Domingo del Monte donde empezaba a difundirse uno de los epígonos del romanticismo: el nacionalismo y el abolicionismo. A través de una literatura costumbrista que miraba únicamente hacia el interior empezaba a surgir la idea de *cubanidad*. Este círculo acogió inicialmente bien a la Condesa de Merlín, pero pronto comenzaron a rechazarla al comprobar que ella no les seguía en sus expectativas políticas. Merlín seguía la mira de los ilustrados y los liberales como Arango que aspiraban a una Cuba abierta hacia el exterior, una Cuba en la que hacían falta muchas reformas pero que no se planteaban en absoluto la segregación de la Corona española.

La tertulia de Domingo del Monte estaba desarrollando una mentalidad costumbrista, naturalista que chocaba con los ideales cosmopolitas de la Condesa de Merlín. Esto, unido a una considerable misoginia machista por parte de los escritores cubanos terminó por producir su expulsión. Mercedes terminó por ser considerada una extranjera, una mujer entrometida y frívola que nada podía enseñar a los cubanos.

Tampoco gustó a versión que daba la Condesa de la Historia de Cuba. Frente a exaltación criolla de la figura de Hernán Cortes, la Condesa reivindicó la figura moral y ética de Diego Velázquez de Cuellar, demostrando su mayor interés por el drama humano concreto de los agentes de la historia que por la épica de la fuerza y el éxito. Es decir

valorando más el respeto a la ley, la capacidad de negociación y de llegar a acuerdos que el uso de la violencia.

Y así fue como *“La Havane”*, posiblemente el primer libro de sociología política cubano, en que aparece claramente el proyecto de construcción de una nación libre y autónoma en el seno de la monarquía hispana, un libro que contiene una crítica feroz a la administración judicial y económica colonial y que plantea la necesidad de reformarla para preservar la riqueza de la Isla, se transformó en un libro maldito para los cubanos. Hoy es más fácil encontrar en las bibliotecas las numerosísimas refutaciones que se escribieron contra él, que el propio libro que escribió la Condesa. Sin embargo ese texto es junto con los textos de Arango, uno de los textos fundacionales de la literatura política hispanoamericana. *“He escrito estas cartas sin arte, sin pretensiones de autor, pensando sólo en reproducir con fidelidad las impresiones, los sentimientos y las ideas que nacen de mis viajes. No he ocultado nada, ni de la situación social en que he encontrado a la América del Norte, ni de lo que pueda faltarnos a nosotros, compatriotas, para ser una de las poderosas y sobre todo, felices naciones del globo”*.

La fase final de la vida de Mercedes no fue menos interesante que las épocas de esplendor. Como una auténtica heroína de Balzac la mujer que escribió: *“je ne puis être heureuse que par l’amour”*, conoció el lado más doloroso del amor. Sus amores de mujer madura los dedicó a un ser mezquino e inadecuado, un escritor filósofo cuyo nombre no quiero recordar. Un hombre que se creía superior a lo que realmente era, con cierto éxito mediocre de circunstancias y que utilizó a Mercedes para ascender socialmente. La Condesa de Merlín se enamoró sinceramente de aquel arribista que la trataba con crueldad, le hizo conocer los celos, la furia, la desesperación. *“Point de lettre... Ah si tu n’es pas malade, que tu es cruel. Mais je t’aime encore mieux”*.

La mujer que fue mimada por sus padres, por su esposo, por la naturaleza, por la fortuna, encadenó el final de su vida a quien sólo supo hacerla sufrir y que sin ningún escrúpulo llegó a arruinarla económicamente. El escritor filósofo se vio complicado en un turbio asunto de letras de cambio falsas que terminó por conducirlo a la cárcel como estafador. Mercedes, ya casi en la ruina, tuvo que cubrir las deudas y sin embrago seguía escribiéndole esperanzadas cartas de amor en las que le hablaba de la posibilidad de rehacer sus vidas de forma modesta y silenciosa lejos de la alta sociedad. La reina de los salones, que aún seguía siendo buscada y halagada por lo mejor de la sociedad europea de su época, se revela en esta fase final de su vida como lo mejor de todo cuanto fue: un gran corazón femenino.

En uno de los momentos de mayor desesperación viajó a Madrid para pedirle a Isabel II dinero con que salvar a su amante. En España fue agasajada, mimada y alabada por toda la sociedad y el gobierno, pero naturalmente no le dieron ni un duro. Finalmente el “chulo” la abandonó por una baronesa más joven, con más dinero y en aquel momento con más influencia social.

Mercedes se refugió en el chateau de Dissais en Poitiers, propiedad de su yerno. Herida de muerte, no tanto por el hombre que la había humillado, sino por la convicción

de que ya no habría más amor para ella, no le quedaba más que la vejez y la espera de la muerte. Mercedes se dedicó a bordar, a jugar a las cartas y renunció a escribir. *“Cuando se tiene la desgracia de presentir lo bello sin alcanzarlo, hay que abandonar la partida”*. Pero siguió cantando en la coral de la Iglesia. El camino que se había abierto en el coro de las Clarisas de la Habana terminaba en el coro de la pequeña iglesia de Dissais.

Siguió, hasta el último momento, atenta a la evolución política. Martínez de la Rosa, uno de los grandes liberales españoles, fue uno de sus últimos amigos. Aún pudo a ver a otro Bonaparte en el trono de Francia acompañado de una española: Eugenia de Montijo, otros salones como el de la Condesa de Lieven, otras guerras como la de Crimea y un nuevo espíritu del siglo que recorría Europa: el nacionalismo, el realismo y el positivismo naturalista que sustituía al romanticismo cosmopolita de su juventud.

Pero sin duda su mayor tristeza fue Cuba, esa Isla que todo lo arroja fuera de sí, arrojó también su memoria, olvidó a una de las personas que más la amaron.

Pero la Condesa de Merlín no ha muerto del todo. Su presencia invisible emerge intermitentemente en todos aquellos estudiosos de la historia de Cuba.<sup>12</sup> Su figura es memorable porque fue una fascinante intelectual, extraña, forastera, intrusa, triplemente exilada pero aureolada siempre del poder de la belleza y la civilización (la buena educación).

---

<sup>1</sup> José Luis Prieto Benavent, publicado anteriormente en *Revista hispano cubana*, ISSN 1139-0883, Nº. 13, 2002 (Ejemplar dedicado a: Creación y exilio), págs. 83-96.

<sup>2</sup> Uno de los últimos estudios se lo debemos a la profesora de la universidad de Iowa Adriana Méndez Ródenas en su obra *“Gender and Nationalism in colonial Cuba. The travels of Santa Cruz y Montalvo”*